



Sin alimentos para el futuro

La crisis alimentaria mundial ha llegado a tal grado que la FAO (Fondo de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) convocó una reunión de emergencia en su sede, Roma, para tratar el problema. Cuarenta jefes de Estado y de Gobierno acudieron presurosos al llamado de Jacques Diouf, el senegalés que dirige la institución desde 1993.

El aumento del precio de los alimentos alarma a los europeos y a los estadounidenses, que se ven obligados a bajar su consumo, lo cual no tan es grave para ellos pues redundará, sobre todo, en una mejora de sus hábitos nutricionales.

Pero la situación es verdaderamente alarmante para los habitantes de los países pobres, muchos de ellos azotados por hambrunas injustificables en este siglo XXI de tecnología y abundancia.

Se calcula que mil millones de personas en el mundo sufren los embates de la desnutrición. Según la Organización Mundial de la Salud, se ha detectado que en 21 países, de Asia y África mayoritariamente, la malnutrición alcanza ribetes innarrables, como esos famélicos niños etíopes que, incapaces por la debilidad de succionar el biberón o pasar la papilla, deben ser alimentados a través de sondas.

La reunión de Roma sirvió para

HUMOR INTERNACIONAL

DEL "SOWETAN", DE SUDÁFRICA. SINDICADO POR "THE NEW YORK TIMES".



que los gobernantes se culparan unos a otros de la crisis.

Estados Unidos y Brasil fueron señalados con el dedo por la producción de etanol, ese biocombustible que en EE.UU. se obtiene del maíz (80% de la cosecha) y en Brasil de la caña de azúcar, lo cual ha determinado que menos tierras sean de-

dicadas a la agricultura para la alimentación.

Cierto es también que la población mundial crece a un ritmo desenfrenado, 200 mil personas se suman diariamente a los 6 mil 700 millones de seres que ya pueblan nuestro planeta.

El secretario general de la

ONU, Ban ki Moon, señaló las medidas proteccionistas de los países ricos, léase Unión Europea y Estados Unidos, como las que dificultan el acceso a los mercados de los productos agrarios de los países pobres.

Culpables del desabastecimiento de alimentos son tam-

bién las economías emergentes como China e India que, como todo nuevo rico que se respete, han variado sus hábitos y ahora consumen más carnes. La cría de animales conlleva a la tala de bosques para campos de forraje y de pastura.

Sin olvidar el alza del precio del petróleo en más del 50% el año pasado, que incide en el precio del transporte y a los especuladores bursátiles que se las arreglan para que el costo de los granos aumente cada año, pese a que la producción es similar a períodos anteriores.

Todos estos temas fueron tratados con mucha seriedad y grandes intenciones entre abundantes almuerzos —aunque esta vez no hubo 'foie gras' ni champán como hace seis años— en este organismo de la ONU, cuyo presupuesto supera los 867 millones de dólares y que funciona desde hace 63 años, empleando a más de 3 mil 600 burocratas sin que haya logrado hacer retroceder el hambre.

El 4 de mayo pasado el presidente senegalés Abdoulaye Wade fue claro al pedir la supresión de la organización. La crisis alimentaria actual es la prueba concreta y contundente de su fracaso, dijo razón no le falta. Los otros mandatarios, tras algunas escaramuzas, cerraron la cumbre con la formal promesa de eliminar el hambre en el mundo. Y se fueron tranquilos, sin ningún compromiso concreto. ■■

ASÍ NOS VEN

EL MERCURIO

DE CHILE

Lourdes Flores pide a García no vender gas ni energía a Chile

LIMA. La ex candidata presidencial peruana Lourdes Flores Nano expresó ayer [jueves 5] su oposición a la posible venta de gas a Chile, basándose en la necesidad de previsión que debe tener la política energética del Perú.

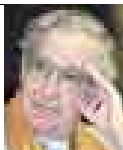
En conversación con "El Mercurio", la lideresa de la alianza de derecha Unidad Nacional recomendó al presidente Alan García ser más cauto en sus declaraciones sobre ofrecimientos de venta de recursos energéticos a países de la región. El lunes, el mandatario deslizó la posibilidad de evaluar la venta de energía producida con gas natural a Chile, como parte de un plan para que sea rentable un gasoducto en el sur del Perú.

"Un país que está en los niveles de crecimiento que estamos teniendo está en la obligación de pensar su futuro con mucha seriedad, de mirar su política energética y de uso de sus recursos naturales de la manera más prudente y racional. Y, en tal virtud, creo que la política energética del Perú tiene que mirar con mucha seriedad este crecimiento que el país va a tener, especialmente en el sur del Perú. En consecuencia, mi declaración está pensada en función de una previsión", explicó Flores. ■

LA PLUMA INVITADA

Reflexiones sobre el viaje de Bush a Medio Oriente

Noam Chomsky
Lingüista



Noam Chomsky es profesor de lingüística en el Instituto de Tecnología de Massachusetts en Cambridge. © Noam Chomsky Distribuido por The New York Times Syndicate Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú

A mediados de mayo, el presidente Bush viajó al Medio Oriente para establecer su legado con más firmeza en la parte del mundo que se convirtió en el principal foco de su presidencia.

El viaje tuvo dos destinos principales, elegidos para celebrar un importante aniversario: Israel, el cumpleaños 60 de su fundación y reconocimiento por parte de Estados Unidos, y Arabia Saudí, el aniversario 75 del reconocimiento, por parte de Estados Unidos, del reino, fundado poco antes.

Las opciones tenían sentido a la luz de la historia y del perdurable carácter de la política de Estados Unidos en Medio Oriente: control del petróleo y apoyo a los representantes que ayudan a mantener el flujo.

Pero hubo una omisión que no pasó desapercibida para los pueblos de la región. Aunque Bush celebró la fundación de Israel, no reconoció (y por supuesto, tampoco conmemoró), otro evento ocurrido precisamente hace 60 años: la destrucción de Palestina, la Nakba, como los palestinos aluden al evento que los desalojó de sus tierras.

Durante sus tres días en Jerusalén, Bush participó con entusiasmo en eventos y fue también a Masada, un sitio casi sagrado del nacionalismo judío.

Pero no visitó la sede de la autoridad palestina en Ramala, o Ciudad Gaza, o un campo de refugiados, o la población de Qalqilya, estrangulada por la muralla de separación, que se está convirtiendo ahora en la muralla de la anexión, bajo programas ilegales de asentamiento y desarrollo que Bush ha respaldado, convirtiéndose en el primer presidente estadounidense en hacer eso.

Y quedó fuera de cuestión que tuviese algún tipo de contacto con dirigentes de Hamas y parlamentarios, escogidos en la única elección libre realizada en el mundo árabe, y muchos de ellos en cárceles israelíes sin pretensión alguna de ser procesados en tribunales. Los pretextos de esta actitud



ILUSTRACIÓN CLAUDIA GASTALDO

“ Aunque Bush celebró la fundación de Israel, no reconoció (y por supuesto, tampoco conmemoró) otro evento ocurrido precisamente hace 60 años: la destrucción de Palestina, la Nakba, como los palestinos aluden al evento que los desalojó de sus tierras ”

son insostenibles. Y tampoco se ha mencionado el hecho de que Hamas ha propuesto de manera reiterada un acuerdo de dos estados acatando el consenso de la comunidad internacional que Estados Unidos e Israel han rechazado, virtualmente solos, du-

rante más de 30 años, y siguen haciéndolo.

Bush permitió al favorito de Estados Unidos, el presidente palestino Mahmud Abbas, que participara en reuniones en Egipto con muchos dirigentes regionales.

La última visita de Bush a Arabia Saudí fue en enero. En ambos viajes, buscó, sin éxito alguno, arrastrar al reino en una alianza antiiraní que intentaba forjar. Esa no es pequeña tarea, pese a la preocupación de los gobernantes suníes sobre “el surgimiento

chiíta” y la creciente influencia iraní, calificada de “agresiva”.

Para los gobernantes saudíes, algún tipo de acuerdo con Irán parece preferible a una confrontación. Y si bien la opinión pública es marginalizada, no puede ser totalmente desechada. En una reciente encuesta hecha a los saudíes, Bush estuvo muy por encima de Osama Bin Laden en la categoría de “muy desfavorable”, y dos veces más que el presidente de Irán Ahmadineyad y de Hassan Nasrallah, líder de Hezbolá, el aliado chiíta de Irán en Líbano.

Las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí datan de 1933, el mismo año en que la Standard Oil de California obtuvo una concesión petrolera y geólogos norteamericanos comenzaron a explorar lo que se transformaría en una de las mayores reservas de petróleo del mundo.

Estados Unidos rápidamente actuó para tomar control del reino, un paso importante en el proceso por el cual asumió el control del mundo de manos de Gran Bretaña, que lentamente quedó reducida a ser “el socio menor”, como lamentó la secretaria de Relaciones Exteriores británica, incapaz de contrarrestar “el imperialismo económico de los intereses empresariales norteamericanos”.

La vigorosa alianza entre Estados Unidos e Israel asumió su presente forma en 1967, cuando Israel prestó un gran servicio a Estados Unidos al destruir el principal centro del nacionalismo árabe secular, el Egipto de Nasser, protegiendo al mismo tiempo a los monarcas saudíes de las amenazas del nacionalismo secular.

Planificadores estadounidenses habían reconocido una década más temprana que “el corolario lógico” de la oposición de Estados Unidos a un nacionalismo árabe “radical” (esto es, independiente) sería “respaldar a Israel como la única potencia prooccidental que queda en el Medio Oriente”.

Las inversiones de corporaciones de Estados Unidos en la industria israelí de alta tecnología han crecido de manera drástica. Eso incluye a Intel, Hewlett Packard, Microsoft, Warren Buffett y otros, a los que se han unido importantes inversiones de Japón y la India, en el último caso, una faceta de la estratégica alianza entre Estados Unidos, Israel y la India.

Por cierto, hay otros factores que subrayan la relación entre

Estados Unidos e Israel. En Jerusalén, Bush mencionó “los lazos del libro”, la fe “compartida por cristianos como yo, y los judíos”, informó la prensa australiana, pero aparentemente no compartida por musulmanes o árabes cristianos, como aquellos de Belén, a los que se impide acceso a Jerusalén, situada a escasos kilómetros de distancia, debido a los ilegales proyectos israelíes de construcción de asentamientos.

El periódico “The Saudi Gazette” criticó con amargura la “audacia” de Bush de llamar a Israel “el hogar del pueblo elegido”, una terminología usada por sectores israelíes religiosos de extrema derecha. “The Gazette” añadió que “la marca particular de bancarrota moral” de Bush “estuvo en plena exhibición cuando solo formuló una mención pasajera al estado palestino en su visión de la región de aquí en 60 años”.

No resulta difícil discernir por qué el legado elegido por Bush debe subrayar las relaciones con Israel y Arabia Saudí, ofrecer una mirada de reojo a Egipto, y otra de desdén a los palestinos y su miserable situación, aparte de algunas frases rituales.

No hace falta detenerse demasiado en la idea de que las opciones del presidente nada tienen que ver con la justicia, con los derechos humanos, o con su visión de una “promoción” de la democracia que atrapó su alma apenas colapsaron los pretextos para la invasión de Iraq.

Pero las opciones coinciden con un principio general, observado con considerable coherencia: los derechos son asignados de acuerdo con el servicio que se presta al poder.

Los palestinos son pobres, débiles, dispersos y carentes de amigos. Es elemental, por lo tanto, que carezcan de derechos. En drástico contraste, Arabia Saudí cuenta con incomparables recursos energéticos, Egipto es el estado árabe más importante, e Israel es un rico país occidental y una potencia regional, con un ejército y una aviación que son más grandes y tecnológicamente más avanzados que cualquier potencia de la OTAN (aparte de su patrocinador), además de centenares de armas nucleares y con una economía avanzada y en buena parte militarizada estrechamente vinculada a Estados Unidos.

Los contornos de este legado son, por lo tanto, bastante predecibles. ■■